

WALTER RISO
PIZZERÍA VESUBIO

Diseño e ilustración de portada: © CoverKitchen
Fotografía del autor: © Luciana Riso

© Walter Riso
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4897-4

Primera edición impresa en México: mayo de 2018
ISBN: 978-607-07-4879-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*A mis ancestros,
a su legado.*

*Io voglio bene a Napule
pecché 'o paese mio
è cchiù bello 'e na, femmena,
carnale e simpatia.
E voglio bene a te
ca sì napulitana
pecché sì comm' a me
cu tanto 'e core 'mmano.*

ANTONIO DE CURTIS (TOTÒ), *Napule, tu e io*

PRIMERA PARTE

1

¿ADÓNDE ME TRAJISTE, SALVATORE?

Llegué de Nápoles al puerto de Buenos Aires en el *Conte Biancamano*, el 28 de septiembre de 1951, después de casi un mes de travesía. Me contó mi madre que viajábamos en clase turista junto a otras setecientas personas. Las cabinas y los camarotes, según ella, eran mejores que su cama y el colchón sobre el que dormía en Nápoles, en un *quartiere* donde la pobreza lo contaminaba todo.

Mamá vivía en rione Sanità, en el corazón de Nápoles, en una calle empinada que comenzaba en el cruce de via Guido Amedeo Vitale y Salita Cinesi. Un punto neurálgico de la baja Nápoles, lo que se denomina un *vàscio*, un bajo. La casa tenía dos habitaciones y una puerta que permanecía abierta a la calle, igual que las de la mayoría de los vecinos, que se sentaban a conversar sobre la callejuela empedrada porque no había banquetas. En el primer cuarto, al entrar, estaba la cocina, con una mesa grande y una cortina a la derecha que separaba la cama donde dormía Nino, el hermano menor. Al frente, había una apertura por la que se pasaba al recinto donde dormían mi abuela, Simona, mi abuelo, Vincenzo, y Ángela, mi madre. El piso era de cemento y el fogón de leña y carbón. Sólo entraba un poco de luz por una claraboya que daba a un respiradero maloliente, que unía varias viviendas y por el que transitaba alguna que otra rata. El gris oscuro del interior contrastaba con el amarillo quemado y el rojo coral de las paredes descascaradas del vecindario, así como con la ropa de colores

vivos que colgaba de lado a lado de las ventanas como banderolas. Mi *nonno* se sentaba a tomar vino junto a sus vecinos y solía decir: «*Quanta vita!*», a lo que luego agregaba que no se cambiaría por nadie. La gente conversaba y hacía bromas, se gritaba de balcón a balcón, y las familias ventilaban las desavenencias en público, con lo que éstas eran resueltas por todo el vecindario y no sólo por los implicados. Muchos cantaban y no faltaba la mandolina que ponía a bailar a los parroquianos.

Siguiendo la calle empedrada hasta el final, se llegaba a una explanada, donde una escalera enorme conducía a diferentes entramados de arterias muy transitadas, repletas de banderas de Italia y de la *squadra di calcio* del *Napoli*. Varios portones llevaban a pequeñas plazoletas donde se improvisaban distintos puestos de venta entre los que destacaba, según mi madre, el de la *pizza* frita de Pasqualina, tan extraordinaria que había que hacer fila para probarla. Pero ese ambiente festivo y alegre escondía la pobreza y el hambre que había dejado la posguerra en Italia. El desempleo hacía que los más jóvenes se marcharan a otros países, sobre todo a América, en busca de oportunidades; otros entraban a la Camorra.

Salvatore, mi papá, había intentado trabajar en varias partes. Incluso había logrado hacerse de un buen puesto en el Ufficio Postale di Napoli. El trabajo consistía en pegar timbres y estampillas en las cartas. Pero no duró mucho: se peleó con su jefe, al que llenó la cara de timbres, y se fue, no sin antes romper unas cuantas sillas.

Mis padres, recién casados, vivían en un cuarto alquilado. Pero el lugar no tenía ventanas: no aguantaron el olor a encierro y fue entonces cuando papá decidió irse a la Argentina. Su propio padre se había instalado en Jujuy, en el norte de ese país, años antes, y todos decían que había montado una empresa de construcción muy exitosa. Así que, sin profesión, sin saber el idioma y con unas pocas libras, Salvatore se fue detrás de mi abuelo, a quien llamaban el Zuóppo, porque era cojo.

Una fría madrugada de enero, mi papá dejó a mi mamá con tres meses de embarazo en casa de Simona y Vincenzo. Ángela le hizo jurar que no la abandonaría y que la mandaría a llamar en cuanto consiguiera algo de dinero. Ese día decidieron que mi nombre sería Andrea, porque no sabían si sería hombre o mujer: a mi abuela, a veces, le dolían los callos; a veces, no.

Desde aquella despedida mi madre fue casi todos los días a rezar a la chiesa di San Severo Fuori le Mura por el bien de papá y para que pudiera llevarnos con él. Aunque había, improvisados por las calles, varios altares de San Genaro, ella prefería uno en particular porque decía que la escuchaba más que los otros; allí, cada vez que podía, depositaba un velón rojo con ribetes dorados. Una vez, en ese lugar, la quieta imagen del santo, con su mitra, su báculo y la mirada perdida en el cielo, se inclinó hacia ella de tal manera que el bastón la señaló. Entonces comprendió que no debía perder las esperanzas, pues todo iría bien. Al otro día, en efecto, llegó la primera carta de papá, contando maravillas de aquella tierra extraordinaria donde decía que pronto estaríamos a su lado.

Mamá recorrió toda la Sanità, cada recoveco y cada lugar, para grabarlo en la memoria: no quería olvidar sus raíces. A veces iba hasta el castel dell'Ovo a mirar el mar con Nino y a imaginarse cómo sería un barco por dentro. Nunca se cansaba de admirar el Vesubio, que se alzaba ceremonioso y azul al fondo de la bahía. La primera carta fue celebrada por todo el barrio. Hasta hicieron una fiesta en la calle y rezaron por Salvatore. Pero cuando era de noche y los *nonni* dormían, ella se acurrucaba contra la pared y lloraba tapándose la boca para no despertarlos.

La segunda carta llegó tres meses después, cuando la incertidumbre ya estaba tocando techo. Eran buenas noticias: antes de seis meses llegaría el pasaje. Segunda fiesta en el barrio. Un 2 de junio, el día de la Festa della Repubblica, que conmemora la victoria de la democracia sobre la monarquía en un referéndum y con ella la instauración

de la república de Italia, cosa que a muchos no agradaba, a las cinco y media de la tarde nací sobre la mesa grande de la cocina con la ayuda de una comadrona. Me recibieron, además de mis abuelos y mi tío Nino, Giovanni, el hermano mayor de mi papá, que también estaba por irse a la Argentina, y su novia, Amalia, quien juraba que yo iba a ser niña y por eso me había cosido tres vestidos de mujer con dos cortinas viejas.

Nací muy amarillo, así que todos los días Simona y otras señoras de la vecindad me sacaban a tomar el sol. A veces, cuando estaban animadas, caminaban hasta la piazza del Gesù Nuovo y me tendían sobre una cobija junto al obelisco dell'Immacolata, para que la gente viera lo bello y gordo que era: *bèll e chiàtto*. Mamá decía que se turnaban para cargarme porque había pesado cuatro kilos al nacer, lo que era un signo de buena fortuna ya que, según los viejos, cuanto más pesado fuera el niño, más grande sería el pan que traería bajo el brazo.

Después de tres meses más de espera, una mañana limpia de nubes en que, de manera inexplicable —y, para mamá, inolvidable—, el olor a mar subía hasta Capo di Monti, le entregaron a mi abuela un sobre grueso y semi-transparente que la puso a temblar en cuanto lo tuvo en las manos. Llamó de un grito a Ángela, que corrió, y lo abrieron juntas en el portal para que le diera la luz y se pudiera leer. Y ese día, cuando la expectativa había comenzado a transformarse en tristeza, llegó nuestro pasaje. Amigos y vecinos no demoraron en correr la voz de calle en calle y de casa en casa: «¡Ángela se va! ¡Ángela *viaggia in* América!». Y las mujeres más ancianas repetían, mientras se golpeaban el pecho: «*Miràculo! Miràculo!*». La noticia corrió de tal forma que, ya desde una semana antes del viaje, la gente se agolpaba frente a la casa de mis abuelos para despedirse de la afortunada y llevarle pequeños obsequios, ropa, brebajes e imágenes talladas del Gesù Bambino, para que Dios nos acompañara en la travesía. Yo tenía tres meses y ella veintiséis años.

Cuando el barco entró al puerto de Buenos Aires por el muelle A, mi madre lloró. Desde la tercera cubierta, cerca de la proa, compartió el silencio denso de sus compatriotas, que se limitaban a observar como niños indefensos, detrás de una cortina de llovizna muy fina y persistente —la «garúa» porteña—, la fachada de la ciudad desconocida. El gigantesco buque se desplazaba a cámara lenta frente a un muro de construcciones de ladrillo sucio y descolorido que, aunque trataban de emular las sólidas edificaciones inglesas, no lograban disimular el abandono en que se veía el lugar. Allí nos encontraríamos con mi padre, que había llegado un año antes a «hacer la América». Mientras el barco avanzaba por el agua oscura, marrón, mamá recordó el mar azul y transparente de Nápoles y pensó: «¿Adónde me trajiste, Salvatore?».

Esto sólo me lo contó una vez, pero la nostalgia de inmigrante que entonces surgió en ella no la dejaría jamás. Me habló en cambio varias veces del gran alivio que sintió al divisar a lo lejos a mi papá, vestido con una camisa blanca en medio de una multitud cubierta de paraguas grises y negros que corría ansiosa en busca de sus seres queridos.

Ángela me ofreció como quien entrega un tesoro. Salvatore, inquieto y emocionado, me examinó del derecho y del revés y de pronto, sin mediar palabra, me arrancó los pañales, metió su nariz en mis testículos y aspiró con fuerza hasta llenar sus pulmones. Después levantó mi pálido cuerpo y gritó en napolitano: «*Chistu è o' mie figlie! Chistu è o' mie figlie!*». ¡Éste es mi hijo!

2

EL HOMBRE DE ACERO

Los pasillos del hospital Italiano eran enormes, interminables. Limpios, fríos como el hielo, desolados. Yo caminaba por ellos como un invasor, una bacteria temerosa e insegura. Me llevaron al cuarto donde se encontraba mamá. El médico me dijo, inexpresivo: «Se puede quedar con ella sólo hasta las seis de la tarde». No le pregunté nada más. La miré dormir, sin apartar la vista de ella, hipnotizado por el subir y bajar de su pecho. A la media hora despertó. Sus ojos de color turquesa se esforzaban en decirme algo que yo no lograba entender, mientras señalaba el bajo vientre. Me olía a pañal de niños, otra vez a limpieza artificial. Después supe que se había orinado y quería que la limpiaran. Llamé a una enfermera y llegó una señora mayor, muy amable y hábil en esos menesteres.

—Por favor, espere afuera en el pasillo —dijo con delicadeza.

Qué podía hacer sino obedecer. Mi madre me miró por encima del hombro de la enfermera y la vi decir, sin voz, moviendo los labios: «Te quiero mucho». Salí y me senté en un recoveco alejado, iluminado como un estadio. Me sentía agotado, pero mi mente era incansable. Pensaba en mi madre. No dejaba de recriminarme el hecho de no haber conseguido el dinero necesario para que fuera a visitar a los *nonni* a Nápoles, donde me la imaginaba cantando ópera en la terraza mientras colgaba la ropa o interpretan-

do alguna *canzonetta* napolitana con esa voz potente y aterciopelada que empleaba para ponerle ritmo a su vida. En ese rincón apartado, bajo la luz helada, la sentí acariciándome la espalda, como solía hacerlo, mientras decía: «*Quanto si bello, Andrea!*». Fue entonces cuando los pensamientos cesaron y el miedo, que me había acompañado todo el tiempo, pareció quietarse. Todo era plano, lento, vacío, insustancial. Lo único real era el frío que parecía desprenderse de las blancas e inhóspitas paredes. Y allí estuve, tratando de vez en cuando de averiguar qué pasaba, para siempre obtener la misma respuesta: «Todo va bien». Así seguí, medio dormido en la incertidumbre. No soñé, no imaginé. Eran las cuatro de la mañana cuando creí necesario insistir. Igual respuesta: «Todo está controlado». Mentira, nada iba bien. Un hospital está diseñado para que se sufra de soledad y abandono en un plan de mentiras sutilmente orquestado.

Llegó una señora muy alta con dos hijas adolescentes. Se sentaron frente a mí, bajo las mismas luces, se tomaron de las manos y comenzaron a llorar. La angustia me penetró como una daga. Volví a preguntar y esta vez la respuesta fue distinta: «Ya va a llegar el médico».

No llegó. Ni a las cinco ni a las seis ni a las siete. Intenté servirme un café de máquina y ya no había. Y de pronto vi a mi padre, a lo lejos, como salido de una pesadilla, caminando hacia mí. Lo acompañaban Nino y Roberto, uno de cada lado, sosteniéndolo por los brazos. Mi papá, el hombre de *acciaio*, de acero, il Ragioniere, temblaba como una hoja mientras su hermano y su cuñado trataban de calmarlo y darle ánimo.

Cuando estuvo frente a mí, no me abrazó, no lloró, sólo dijo en media lengua, en la mezcla italo-argentina en que se expresaban los «tanos» que vivían en Buenos Aires: «Andá, andá a ver si no se equivocaron y de pronto sigue viva y no le ha pasado nada».

Hubiera querido estrecharlo entre mis brazos, revolcarlos juntos en el dolor. No pude. Volví a la realidad. Mi